

Llegada impresionante

LO es la de entrar en Alcázar por el camino de Miguel Esteban, más durante la noche y mucho más si acabais de re-

correr los pueblos de esa demarcación.

Del Cristo para acá el paisaje se distingue por su aridez y sequedad. En los cibantos, los cardos han ido sujetando las pajas secas arrastradas por el aire y el polvo de las ventiscas, que se remueve y os ciega a cada paso.

Ni un alma en el camino. La tierra monda y llana, terrones pardos, pajonales amarillentos.

Lejanos pairazos de molinos sobre un cerro.

Silencio y tedio.

Camino interminable.

De pronto, como sucede todo en La Mancha, como salta la liebre de entre la tierra, sin observarse nada que indique su proximidad, aparece Alcázar en la hondonada de las Santanillas como una gran ciudad fabril: luces deslumbrantes, chimeneas, rodar de trenes, fábricas, grandes edificios. Parece que se ha llegado a otro mundo y satisface haber nacido allí, porque, digan lo que quieran, Alcázar no hay más que uno. Se lo merece todo. O por lo menos, eso se cree él y vive conforme.

Señales horarias

EN mi casa no hubo nunca reloj, ni lo hay todavía.

Mi padre conoció siempre la hora con exactitud por la marcha de los astros. En cualquier momento que se le preguntara, lo mismo de día que de noche, contestaba con precisión que nunca desmintieron los relojes.

Los demás nos fuimos acomodando a sus costumbres sacando partido, de lo que a nuestro alrededor podía indicarnos el momento que vivíamos. Toda la gente hacía lo mismo. «La sombra del sol» era una regla muy común, marcada en el suelo, en los tejados o en las paredes y lo mismo «La sombra de la luna».

El reloj de la Villa se oía por las noches algunas veces, pero poco, y nadie lo tenía en cuenta. Aquí arriba nos fijábamos también en las campanas de las iglesias, pero el aire y el estado atmosférico modificaban mucho su sonoridad, aproximándola, alejándola o elevándola hacia el cielo cuando llovía como si se fuera del mundo.

Y sin nada de eso, la luz, el grado de claridad percibido hasta en las habitaciones, era indicio suficiente para barruntar la hora con aproximación.

Esa claridad difusa la apreciaban todos, pero solo los muy habituados como mi padre podían asomarse a la ventana y cerrar, diciendo que iban a dar las seis, empezando a oírse el toque del fraile a continuación.

Hecho y pensao

ESTA frase es una expresión frecuente en los alcazares, reveladora de su manera de ser, justificativa de su improvisación y de su

incumplimientos y anuladora de toda queja posible.

Aparentemente antinómica es sin embargo, exacta: antes que pensado, hecho: la acción precediendo al pensamiento, como es propio cuando no se piensan las cosas, cuando no se medita en ellas, pues a tanto equivale surgir la idea y ponerla por obra inmediatamente, «sin más ni más».

El hacerlas «de pronto» es una de las características de nuestras cosas y otra el dejarlas «de golpe y porrazo» y otra el acontecer «cuando más no se acuerda» y otra más el «no acordarse de haberlas visto».

Todo, impulsivamente, de pronto; hasta el «estirar la pata» lo hace aquí cualquiera de sopetón» y «como si tal cosa» «en menos que canta un gallo» y con mucha razón porque hay la seguridad de que «lo que se piensa no se hace» y de que «las cosas tienen que ser así», «dicho y hecho» y «el llanto sobre el difunto».

Las madres lo dicen a menudo: «este muchacho no aguarda a razones, se le pone una cosa en la cabeza, la hace y se acabó».

Y «lo que en la leche se mama, en la mortaja se derrama», que decía Úlpiano.